

LA LITERATURA DE LA VIOLENCIA (Bibliografía)

Escribe: CARLOS LLERAS DE LA FUENTE

No es aventurado afirmar que en todas las épocas han coexistido en el país varios tipos de literatura que se han desarrollado paralelamente: uno más puro y alejado de la realidad nacional y otro más asequible, más colombiano, más propio de la tierra. Ya se anotaba este fenómeno en el siglo pasado cuando, al lado de las magnas creaciones de Caro y de Cuervo, surgían como género menor las obras de los costumbristas. El prodigio de erudición de los primeros desnacionalizó su producción: escritos semejantes bien hubieran podido producirse en París o en Madrid. No sucedió lo mismo con la de los segundos por ser propia de Colombia, por tratar de reflejar los hábitos y vida de sus habitantes. Y al par que el primer género permanece inmutable al través de los años, el segundo sigue paso a paso la evolución propia de todo pueblo y responde al nacimiento de nuevos fenómenos sociales.

He aquí por qué tenemos hoy una literatura de la violencia, aunque nadie haya emprendido aún un estudio serio y concienzudo de ella como unidad, como realidad literaria. Es posible que este "género menor" haya pasado desapercibido para muchos por el aspecto que anotamos, pero es inútil no comprender que él forma la verdadera literatura colombiana de los últimos años.

Es cierto que aquella erudición del siglo pasado tiene aún nobilísimos exponentes en figuras de la talla de López de Mesa y Félix Restrepo, pero es cierto también que esa no es Colombia sino simplemente la utópica Bogotá que ya hace mucho tiempo dejó de ser la "Atenas Suramericana" y que no volverá a serlo jamás.

Entonces, podríamos decir que los escritores de la violencia son los continuadores de una vieja tradición dentro del campo del costumbrismo, lo cual nos llevaría a plantearnos grandes interrogantes: las costumbres colombianas han variado en tal forma que aquellas pacíficas personas que encontraban un deleite sin par en beber el chocolate en delicadas tazas de plata, decidieron transformar sus costumbres y dedicarse al mucho menos noble oficio de asolar las campiñas y asesinar los campesinos. ¿O es acaso que el turbulento siglo XIX, que transcurrió en medio de con-

tiendas sangrientas era el paraíso de la paz junto a lo que hoy vivimos? ¿O será, por último, que aquellos costumbristas dejaron de narrarnos en sus obras una parte de la vida colombiana? *

Algo hay de cierto en todo lo anterior: es indudable que hoy Colombia ha perdido mucho de la nobleza, la caballerosidad y el heroísmo con que se luchó en el siglo pasado; Mosquera y Arboleda jamás daban cuartel, pero lo hacían dentro del ámbito de las cualidades ya citadas y que hoy han sido reemplazadas por una brutalidad que degrada y casi ha hecho desaparecer todos los valores éticos y morales. Es bueno ver también que la vida muelle y tranquila que pinta con gracia y elegante lenguaje el gran Vergara, no era la de Colombia sino la de una clase que poco se asomaba por los dominios de la miseria, que poco sufrió en las luchas por el poder político.)

En la actualidad no es así: los autores de las obras que después se mencionan vivieron la violencia, en muchos casos fueron víctimas directas de ella y es por eso que saben expresar, con ese vigor y esa sinceridad que apasionan, los sentimientos del pueblo martirizado, de las mujeres vejadas, del campesino que vio sus siembras destruidas y su rancho en llamas. Es todo un mundo de conflictos íntimos en que se pone en juicio el valor de lo hasta entonces intocable: Dios, la autoridad, la justicia.

Unos claman en nombre de la Divinidad que castiga, otros de la revolución que redime; pero sea cual sea la modalidad de la obra, deja al lector una profunda amargura, un dolor inenarrable. No se trata ya del frío relato del historiador, de la acomodaticia versión de un buen político: es la realidad, la sinceridad fruto de la pasión y no del cálculo, lo que inspira este género; y son estos los textos en que habrán de aprender historia patria las generaciones del futuro. No irán los colombianos del siglo venidero a escudriñar desuetas obras de viejos historiadores, puestas al día por acuciosos destructores de la verdad, sino que buscarán la historia, en veces novelada, que han escrito las víctimas y los observadores de la peor tragedia colombiana.

Se encuentran, dentro del género que comentamos, modalidades diversas: obras maestras en el campo de la novela, relatos históricos y una que otra obra de autores ya consagrados que dentro de vasta producción literaria quisieron dejar un testimonio de los hechos, o producir una sátira apenas velada como Jorge Zalamea en su "El gran Burundún Burundá ha muerto" y Hernando Téllez en los bellísimos cuentos El Regalo, Espuma y Nada Más, Sangre en los Jazmines y Cenizas para el Viento, que hacen parte del volumen titulado como el último de los cuentos atrás citados.

En materia de narraciones podrían recordarse la obra del jefe guerrillero Eduardo Franco "Las Guerrillas del Llano", y el libro de Jorge Vásquez Santos, "Guerrilleros Buenos Días". No deja de ser curioso el mencionar una pequeña obra de origen netamente popular, de poco valor literario pero de importancia sociológica, publicada por Miguel J. Paneso, "El Molino de Dios".

Pero la obra central y magnífica de este género está representada en seis novelas, de innegables cualidades literarias las más de ellas, y en primer término en "Viento Seco" de Daniel Caicedo que es tal vez la más breve pero la más vigorosa como puede apreciarse en los sub-títulos de sus diversas partes: La Noche del Fuego, La Noche del Llanto y La Noche de la Venganza. Junto a ella figura con honor "Tierra Asolada", del joven novelista Fernando Ponce de León, autor de "Matías" y "La Castaña", obras todas que ocupan merecido lugar en la moderna producción literaria colombiana. Sin duda produce esta última una mayor impresión, pues mientras Viento Seco sitúa al lector en el vórtice de la violencia ya desencadenada, Tierra Asolada lo mantiene en el tranquilo ambiente del pueblo semi-muerto donde nadie se odia y todos se conocen, donde un humilde matrimonio espera día a día, en medio de la paz de los campos, la llegada del hijo, para arrojarlo bruscamente a la barbarie, a ese mundo de crueldad inaudita que hace desaparecer la amistad, que todo lo corrompe y lo envilece.

Y es esta transición, pero ya en otro campo, la que nos presenta Eduardo Caballero Calderón en "El Cristo de Espaldas"; su examen de los hechos es más intelectual, más psicológico: el joven sacerdote que descubre que la realidad de la vida no es lo que soñó en el Seminario, que fuera de la imagen serena de los pastores evangélicos existe la del cura carlista que describe Galdos, llena de tristeza el ánimo del lector, lo llena de esa profunda desilusión que produce toda frustración, casi toda realidad.

Junto a las tres obras anteriores deben mencionarse, por ser de gran valor histórico, la de Julio Ortiz Másquez, "Tierra sin Dios" y la de Ernesto León Herrera, "Lo que el Cielo no Perdona", concluyendo este examen con "Marea de Ratas", la última producción del género, escrita apenas el año pasado por Arturo Echeverri Mejía, que carece del vigor de algunas de las atrás nombradas pero que es una novela en el mejor sentido que a tal palabra puede darse.

Para terminar esta corta bibliografía, debemos citar como epílogo el género de los cuentos cortos que son, en ocasiones, pequeñas obras maestras: La Señorita Rosa y En Tiempos del Odio, de José Francisco Socarrás; La Duda, de Jorge Gaitán Durán; Aquí yace Alguien, de Manuel Mejía Vallejo; Batallón Antitanque, de Gonzalo Arango; El Signo de los Perseguidos, de Sonia Chica y Los Guerrilleros no Bajan a la Ciudad, de Enrique Posada.

Configuramos así, posiblemente con pocas omisiones, la literatura de la violencia, que fuera de ser un género literario y un fenómeno sociológico, es una enseñanza para el pueblo colombiano.

BIBLIOGRAFIA

- 1)—Caballero Calderón Eduardo: El Cristo de Espaldas. (Bogotá, 1959).
- 2)—Caicedo Daniel: Viento Seco. (Bogotá, 1959).
- 3)—Echeverri Mejía Arturo: Marea de Ratas. (Medellín, 1960).
- 4)—El Tiempo: 26 cuentos colombianos. (Bogotá, 1959).

- a) Arango Gonzalo: Batallón Antitanque.
 - b) Chica Sonia: El Signo de los Perseguidos.
 - c) Gaitán Durán Jorge: La Duda.
 - d) Mejía Vallejo Manuel: Aquí Yace Alguien.
 - e) Posada Enrique: Los Guerrilleros no Baján a la Ciudad.
- 5)—Franco Isaza Eduardo: Las Guerrillas del Llano.
 - 6)—León Herrera Ernesto: Lo que el Cielo no Perdona. (Bogotá, 1954).
 - 7)—Ortiz Márquez Julio: Tierra sin Dios.
 - 8)—Panezo Miguel J.: El Molino de Dios. (Tuluá, 1953).
 - 9)—Ponce de León Fernando: Tierra Asolada. (Bogotá, 1954).
 - 10)—Socarrás José Francisco: Viento del Trópico. (Bogotá, 1961).
 - 11)—Téllez Hernando: Cenizas para el Viento y otros Cuentos. (Bogotá, 1950).
 - 12)—Vásquez Santos Jorge: Guerrilleros Buenos Días... (Bogotá, 1954).
 - 13)—Zulamea Borda Jorge: El Gran Burundún Burundá Ha Muerto. (Bogotá, 1959).
-